Fundado el 14 de Enero de 1917

LA NACION

(EMPRESA PERIODISTICA "LA NACION" S. A.)

AÑO XXVI N.o 8,936

AGUSTINAS 1269 - CASILLA 81 D. SANTIAGO DE CHILE; DOMINGO 24 DE MAYO DE 1942 PRECIO EN TODO EL PAIS: $ 1 .20

BIBLIOTECA CENTRAL SECCION PERIODICOS Y REVISTAS CHILENAS



UNA mujer gris, magra de veste añeja, llegó junto con la sombra de los álamos hasta la casa de la loma. El sol caía. Los alineados álamos apuntaban sus doradas agujas hacia un cielo de arrebolado añil. Era el atardecer chileno, que tendría un acento eglógico de no ser por el muro pétreo de las montañas. Ellas hablan de lejanías y, al mismo tiempo, ciñen opresivamente la inquietud viajera del hombre.

La mujer miró la casa de pared veteada y tejas rojas, dobló hacia un lado y fué a sentarse al pie de un quillay de ancho ramaje. Puso en el suelo un enorme atado que llevaba a la espalda, y tomó la actitud de quien descansa.

La pequeña Domi, que estaba por allí acunando una muñeca de trapo, vióla y corrió hacia su madre, que se llamaba Mónica, era la compañera del guaso Tomás y hallábase en el huerto —cuadrilátero cercado de piedra— recogiendo cebollas. El espeso olor de las hojas rezumantes, le llenaba las manos y el pecho.

— Mamá, mamá, — dijo la Domi, después de trasponer la feble tranquera—, llegó una mujer...

La Mónica asomó su cara terrosa sobre el cerco, y miró inquisitivamente. Después dijo:

— Tará escansando... —y continuó su tarea.

Llegó un ventarrón cargando noche y polvo. Las sombras ascendían por las encañadas, absorbiendo los árboles y las aristas de los cerros. El cambiante reflejo del cielo crepuscular mantenía, aún para la casa de la loma — único reducto humano en medio de inmensos potreros— una trémula penumbra. La Mónica salió del huerto y fué al fogón, ubicado en el corredor, para preparar la comida. Al pasar miró hacia el quillay. Había junto a él un bulto obscuro. Continuaba allí la desconocida.

La pequeña Domi no se apartaba de su madre. Sentía temor viendo la silueta de esa mujer silenciosa, acurrucada bajo la creciente noche, quieta y extraña. De pronto se le ocurrió que no tenía ojos ni boca y avanzó para cerciorarse. Pero la intrusa hizo un ligero movimiento, el esbozo de un gesto, y la Domi corrió despavorida a refugiarse en el regazo materno. La Mónica rechazóla con un gruñido y continuó atizando el fogón, cuyas llamas habían crecido ya y crepitaban lamiendo una panzuda olla sostenida por tres piedras rojizas. Gorgoteaba el cocido de porotos.

La noche llegó a rondar el fuego. Desde las sombras gesticulaban los álamos, y el quillay, sin duda por cobijar a la desconocida, hacía renovadas e inquietas señas. La Mónica se decidió, súbitamente, y fué a ver. Una voz delgada surgió desde el suelo, saludando:

— Mire, oña — dijo la dueña de casa — si usté quiere venga; dentre a alojar...

Se alzó un fantasma trémulo de viento que la siguió calladamente. Con la luz, recuperó su calidad humana, y después de soltar el atado acuclillóse frente a la Mónica y a Domi. Trató de decir algo. Buscó una palabra como si muchas de ellas hubieran estado revoloteando sobre el fogón. No pudiendo aprehenderla, buscó un leño y lo hundió en el fuego crepitante. Este gesto de intimidad consiguió acercar a las tres mujeres. Todas sintieron por un momento que se había roto la valla levantada en alguna parte. Mas, la Mónica y su hija se recogieron de nuevo en una actitud de reserva. Algo extraño flotaba sobre la desconocida. Sin embargo, era una mujer como todas. Una mujer del pueblo, duramente maltratada por los trajines, por el frío, por el hambre, por el hombre. Acaso tenía los ojos grises demasiado brillantes, acaso tenía la cara flaca, demasiado pálida. Su ropa vieja proclamaba la miseria, y el gran atado, el viaje largo. Un rictus triste y tranquilo le plegaba los labios. Quizá allí, en esa boca hecha para callar, cerrada con firmeza sobre la voz de las ideas y los recuerdos, comenzaba la impresión de misterio.

La Mónica preguntó:

— ¿De ónde viene?

Y la huésped respondió, simplemente, con un ligero encogimiento de hombros, que pretendía restar importancia a su jornada.

— De puallá, pu...

La pequeña Domi aferró la muñeca, su madre añadió un leño más a la fogata y la desconocida puso la mano sobre el atado. Un tiuque chilló a lo lejos, y luego cayó sobre las tres mujeres un silencio incómodo, al parecer preñado de infundados recelos, de gratuitas sospechas.

Se escuchó después el trote de un caballo y, a poco, un jinete fué alcanzado por la luz. Era el guaso Tomás que volvía de los campos. Desmontó saludando parcamente y se puso a desensillar. Por último, palmoteó fraternalmente el cuello del animal — "eh, manco, manco" — y lo soltó al potrero.

Manco llama el campesino chileno al caballo, de igual modo que el argentino le dice pingo; el peruano, walaycho o morochuco y, más al norte, sabe Dios. Con esos nombres el nativo ha dado al caballo carta de ciudadanía americana, adhiriéndolo a la tierra, familiarizándolo con el alma y la parla criollas haciéndolo sujeto de su intimidad.

Pero es el asunto que el guaso Tomás avanzó hacia el grupo. La Mónica lo miraba atentamente, tratando de sorprender, por algún gesto, si tenía relación con la forastera. El saludo que cambiaron no le dijo cosa alguna, aunque quizá fué demasiado simple, como para sospechar un entendimiento tácito. El guaso tomó asiento en una banqueta y su mujer sirvió la comida en platos de hierro enlozado. La cuchara, al rozar las desportilladuras, producía un ruido molesto. La desconocida comía con los ojos puestos en su frugal ración; el Tomás, a grandes bocados, la Mónica y su hija en acecho.

El hombre se puso a hablar de la faena cumplida y de cómo el toro negro se le había escapado por una encañada. Al día siguiente tendría que ir en su busca. "¡Chitas, la payasá!". Las botas opacas del Tomás avanzaban hacia el fuego. Era un guaso pobre. Su poncho había perdido el color, de puro viejo, y el sombrero estaba magullado. ¡Quién como on Eliodoro, guaso señorito, hijo del hacendado, que remudaba ponchos policromos, chaquetillas botoneadas, sombreros gallardos, botas lustrosas! Cuando las espuelas de on Eliodoro perdían el sonido, las llevaba donde el herrero del pueblo para que las volviera a su temple. ¡Trinaban como pájaros! Las del guaso Tomás, con las rodajas mohosas de sangre y barro destempladas y roídas por el uso, ni bulla metían. Pero qué se iba a hacer. Por peores cosas había pasado.

Su historia era larga. Muchos sus afanes. Estuvo cavando en el norte, curvado sobre la piel dura y mineral de la pampa. Estuvo navegando en el sur, cabe los aledaños del Polo, en pos de lobos y nutrias, uno más en medio de la épica lucha de las rocas y el mar. Quiso lavar oro, pero luego optó por irse a los valles centrales. Anduvo de cosecha en cosecha, alquilando sus brazos por tres pesos, comiendo galleta y bebiendo áspero vino. Por último, se "botó a guaso" en la hacienda de on Eliodoro. Le dieron esa casa y el manco. El buscó a la Mónica, que por su parte añadió a la hija. Y ahí estaba. ¿Hasta cuándo?

Hemos contado la historia de Tomás, sencillamente, pues darle mayor importancia sería atentar contra su mismo espíritu. El tenía un alma cargada de distancias, pero cuanto le ocurrió se le antojaba natural y simple. Como que era de un país de contextura simbólica, largo y estrecho como un sendero, y de extenso litoral bañado por un mar de lomos anchos millonarios de rutas. En todo chileno de la costa o la cordillera, de la ciudad o del campo, hay siempre un hombre en trance de partida. La Cruz del Sur, signo de viajeros, abre los brazos sobre sus anhelos.

La desconocida terminó su ración y miró al guaso. El también la miró. Sin haberse visto nunca, ambos se reconocieron en la memoria de los tiempos idos, en el recuerdo de su pueblo, en la impresión de todas las caras encontradas en la vida. El hombre tenía la piel quemada, y los ojos penetrantes, señales de trabajo al sol y ante el espacio. La mujer — ya la hemos contemplado— mostraba las huellas de una fatiga obscura y monótona.

El guaso habló, sin saber que ya había sido hecha la pregunta:

— ¿De ónde viene?

La interpelada respondió, de igual modo:

—De puallá, pu...

"De puallá". El guaso había oído en mil ocasiones tal expresión. El también la pronunció vez tras vez. "Allá" es la ruta siempre abierta, el camino que se ha dejado atrás o que se va a emprender.

Después, contestando a la Mónica, la forastera dijo llamarse Josefina Núñez. ¿Qué podía aclarar ese nombre? Ella continuaba siendo una desconocida, miembro del multitudinario anonimato popular, partícula de la apretada consistencia de la masa.

Ya espontáneamente y tratando de ser amable, la foránea contó lo acaecido recién en un pueblecito minero de las cercanías. Había muerto un hombre. Pero no en el socavón, sino en la reyerta. Le vaciaron las tripas y él siguió peleando hasta que cayó con el cuello desgarrado.

Terminado el yantar, fuéronse a dormir. La desconocida deshizo su atado y se acomodó entre los trastos del cuartucho de aperos. Los dueños ocuparon la pieza contigua y el guaso y su mujer aún buscaban el sueño en la alta noche.

La Mónica preguntó a su marido entre las sombras:

—¿La has conocío?

—No — dijo él.

Mas ella tuvo la impresión de que no hablaba verdad De que algo había perdido en aquel momento. Atrajo hacia sí a su hombre y lo poseyó desesperadamente. Sin embargo, se quedó siempre muy sola. Casi abandonada. Para darse valor, pensaba: "Ya se irá: todo volverá a ser como antes".

Al día siguiente no se marchó la desconocida y si el guaso Tomás, con el sol en los hombros, hacia los potreros. Nunca un toro negro fué atrapado con más pericia. Recién se iniciaba la tarde, cuando el hombre volvió remolcando al reacio. El manco trotaba descansadamente y el jinete sujetaba la soga enlazada a las astas. Después de desmontar, amarró al toro a un tronco, desensilló y finalmente sentóse en la familiar banqueta. La extraña estaba remendando un trapo y la Mónica no fué al huerto a recoger cebollas. El día siguiente era domingo y había pensado visitar el pueblo para venderlas, pero ya no podría completar la cantidad necesaria. ¡Si la Domi pudiera hacer otra cosa que jugar con su muñeca de trapo! ¡Ver quisiera! Quien veía era el Tomás, Tenía los ojos puestos en su huésped, y si los apartaba de ella era para fijarlos en los caminos, los horizontes, los cielos lejanos. Sin embargo, no se atrevía a ir hacia la extraña. La Mónica se había puesto a remendar también. Rompen mucha ropa las zarzas. Y así pasó la tarde y llegó la hora de la comida y del sueño.

Al otro día la Mónica dijo a su marido:

—Irás a dejar el toro...

El guaso respondió:

—¿Quién trabaja en domingo?

Ella insistía:

—Anda... On Eliodoro te dijo que lo quería luego...

El terminó secamente:

—¡Oh, quién trabaja en domingo!

Sucedía que la desconocida continuaba allí, sin dar ninguna explicación, callada y tranquilamente sola. El guaso Tomás la miraba hurtando el rostro a su mujer y dando vueltas como un animal inquieto. La huésped no era hermosa. Tampoco fea. Su cuerpo enteco se dilataba en los senos breves, en las caderas macizas. Era la mujer sin dueño y sin rumbo, acaso por el hecho de poder tomarlos todos. El Tomás tenía la impresión, confusa pero potente, de que encontraba su ayer en esa hembra trigueña y trashumante, viajera sin tiempo ni objetivo. La Mónica procedía de esos contornos y va formaba parte de la casa de la loma. Tal vez querría parir otro hijo, multiplicarse como la cebolla. "Vaya, vaya", se decía el Tomás pensando en su propia suerte. "Vaya, vaya". No atinaba a explicársela del todo. "Vaya". Quizá sería bueno pegar a la Mónica, darle unos cuantos golpes para que se fuera. Aunque tal vez resultaría inconveniente apresurarse. No había apalabrado aún a la... "vaya, vaya"... no recordaba el nombre.

Al fin murió la tarde y se reunieron para la comida. Otra vez. La Mónica tenía un gesto hostil y su hija la miraba tratando de comprender. El guaso ojeaba ladinamente a la desconocida. Sólo ésta mantenía una actitud de siempre, callada y como ausente.

El hombre quiso trabar conversación y preguntó:

—¿Y pa onde se va usté?

Ella respondió:

—Pa Nipocura...

—¿Pueblo?

—Sí, casi es pueblo.

—¿Ta lejos?

—Sí, lejos.

Y miró a la Mónica y al Tomás, como diciendo a éste que no podía hablar más por aquélla. Tal es lo que imaginó el guaso, pero después vaciló y se dijo que era una mirada como cualquiera otra. De atención, simplemente. ¿Dónde estaría Nipocura? Sonaba el nombre igual que todos los de origen araucano regados a lo largo y ancho del territorio. Aunque, por otro lado, podría ser que tal pueblo no existiera. El Tomás sabía por propia experiencia que los viajeros que no llevan ninguna dirección, a fin de no despertar sospechas, se señalan una inexistente y lejana. Tal vez. "Vaya, vaya". Acaso ella buscaba un hombre. El hombre para su flanco y su destino. Seguramente el muerto despanzurrado fué su marido. Entonces, claro, ella se echó a caminar. Era natural que quisiera cambiar de sitio y de suerte.

Tarde la noche, la Mónica abrazó a su marido sin decirle nada y cerró los ojos temerosamente pegada a él. Palpaba su presencia con los muslos, con los senos. El guaso se durmió después de renegar en sus adentros. ¡Si hubiera ido a la hacienda a dejar el toro! Siquiera habría bebido con los otros guasos algunas garrafas de tinto. ¡Qué mal domingo!

A la mañana siguiente fué para la Mónica lo maravilloso; para el Tomás, lo insólito; para la Domi, un hecho de ya escaso valor. El guaso salió después de su mujer al corredor y, al no ver a la desconocida, preguntó:

—¿Se jué?

—Se jué — replicó la Mónica, gozosa de afirmarlo. Se jué... No hay su atao... Se ha ido...

El Tomás fué acuciado por un instantáneo deseo de pegar a la Mónica, como si ella fuera la culpable. Después tuvo el impulso de montar en su manco e ir en busca de la desconocida. Pero, ¿hacia dónde dirigirse? ¿Qué dirección tomó ella? Miró el paisaje, miró las rutas. Los Andes quebraban violentamente sus lomos empujándose, atropellándose, superponiéndose. Y las rutas, finas, curvas, serpenteaban de cerro a cerro, yendo del norte hacia el sur; serpenteaban de cerro a cerro, yendo de la cordillera al mar. ¿Dónde quedaría Nipocura. Inútil buscar. Tal vez ni existía. Y de existir, esa mujer seguramente no pararía allí. ¿Quién sabe, en verdad, los pasos del que marcha?

Al guaso Tomás le gritaba el destino. Y sintió como que la desconocida era su alma que se abandonaba de nuevo a los largos e innumerables caminos.

C. A.

POEMAS

1.—PANTEISMO

Escribí un poema en el tronco de un árbol:
sólo el nombre de mi patria.
Y las hojas vibraron, todas las hojas vibraron
como su bandera en la punta de un mástil.

II.—COSMOGRAFIA

¡No hay en el mundo un cielo más bello que el [nuestro!
Tantas son las estrellas brillando en el fondo de [la noche.
que recuerdan una cosa terrible y bella.

Nuestros antiguos hermanos, los salvajes de la tierra.
hijos del sol, amamantados por la luz,
sentían miedo de la máscara negra de la noche.

Armados de arcos, munidos de flechas
con puntas de plata de las minas perdidas,
cabalgaron las sierras, subieron los montes,

Y dispararon, de una vez, los arcos contra el cielo...

III.—PAISAJE ARDIENTE

En estas mañanas que ríen de alegría,
en que la luz parece la propia substancia de la vida,
los versos caen del alma de los poetas,
como las flores, las hojas y los frutos
de un árbol batido por el viento.



MARTINS NAPOLEAO.

El autor de estos tres breves poemas es oriundo del norte de Brasil, de esa región donde, como asegura acertadamente un canto popular, está el "Brasil brasilero". Forman parte de su reciente libro "Poemas de la tierra salvaje", poemario vibrante de emoción y de color, de un panteísmo intenso y de alta jerarquía estética, por lo depurado de su realización. Obra de exaltación de la patria luminosa, obra de auténtico americanismo. Otros libros de este insigne poeta: "Copa de ébano" (1927), y "Poemas ocultos" (1930)

LA CARICATURA Y LA GUERRA



La rata vuelve al barco "Montreal Dolly Sta"

LUISA AMUNATEGUI PROLONGA UNA HERMOSA TRADICION

SU PADRE, MEDICO IDEALISTA, IMPULSO NUMEROSAS OBRAS DE BENEFICENCIA, Y SU ABUELA FUNDO "LA ASOCIACION DE SEÑORAS CONTRA LA TUBERCULOSIS". — ELLA, COMO VISITADORA SOCIAL, REALIZA UNA ENCOMIABLE LABOR. — UNA PROFESION DURA QUE EXIGE SENTIDO DE RESPONSABILIDAD Y VOCACION. — "LA MUJER CHILENA EN LA FABRICA, LA OFICINA O LA PROFESION LIBERAL DESEMPEÑA HONRADAMENTE SU MISION"

Por
GEORGINA DURAND

DESEARIA entrevistar a una Visitadora que está realizando, según datos muy autorizados, una labor muy interesante como Jefe del Servicio Social de la Compañía Chilena de Electricidad", manifesté una tarde a un distinguido catedrático, profesor de la Escuela de Servicio Social.

—Nada más fácil para mí que presentársela, me contestó, porque toca la casualidad que es mi hermana.

En efecto, era la señora Luisa Amunátegui, la Visitadora de cuya destacada labor y dedicación nos habían hablado. Fué una agradable sorpresa conocerla. La gran responsabilidad que significa la atención de un numeroso personal de empleados y obreros, el desarrollo, vigilancia y ordenación de la Colonia veraniega que la Compañía mantiene para los hijos de este personal, en un campamento en Florida, la organización de múltiples asuntos en el Departamento de Bienestar, como en el Servicio Médico, nos hacían pensar, o más bien nos la imaginábamos una persona de edad madura, de gran experiencia, mucha resistencia física, y por lo tanto, de estatura grande y gruesa. Pues bien, Luisa Amunátegui, contrariando todo este retrato que nos habíamos hecho de ella, es una encantadora criatura delgadita, fina, rubia, de grandes ojos azules, que a todo este paso de trabajo ella responde con una disciplina espiritual y una resistencia moral dignas de un fakir. Sus ojos nos hicieron recordar inmediatamente a su padre, el inolvidable doctor don Gregorio Amunátegui, cuya mirada dulce, penetrante y eternamente salpicada de una deliciosa chispita irónica, no es fácil olvidar.

Ya una vez establecido nuestro diálogo, nos cuenta que en 1920 hizo un viaje a Europa con su padre. Visitó Italia, Francia e Inglaterra; nos recalca su predilección por éste último país. Tal vez será porque domina el idioma, o quizá la influencia de algún antepasado. Uno de sus bisabuelos fué inglés.

—No se podrá imaginar Georgina la extraña sensación que experimento al encontrarme frente a usted y a sus preguntas, ya que siempre he sido yo la que someto a mis clientes a largos interrogatorios.

—¡Oh, por favor! no quiera colocarse en ese terreno de violencia interrogatoria; más bien piense que me va a relatar cosas desconocidas para mí, y que yo necesito verdaderamente aprender de usted. Ante todo me gustaría saber, ¿por qué se hizo usted Visitadora Social?

—Seguramente por dos poderosas razones. La primera, debido al medio ambiente en el cual me formé. Mi padre, un médico idealista, nos acostumbró a sus hijos, desde la infancia, a interesarnos por los problemas sociales. Es así como en uno de sus viajes a Europa en el cual lo acompañé, visitamos juntos en Francia e Italia innumerables instituciones y organismos de Asistencia Social. Por otro lado, mi abuela materna fué una de las primeras mujeres en Chile que se dedicó a obras de beneficencia. Hasta el día de su muerte, acaecida el año pasado, y a una edad muy avanzada: 90 años, atendía la obra que ella fundara, la "Asociación de señoras contra la Tuberculosis". Mi otra razón es de orden más íntimo. En un período de mi existencia sentí la imperiosa necesidad de ocupar una parte de mi vida en algo interesante, útil. Y le digo una parte de mi vida, pues la otra estaba entregada al cuidado y formación de mi hijo, Ingresé, pues, a la Escuela de Servicio Social de la Junta de Beneficencia, que llevaba sólo tres años de existencia, y que me ofrecía el campo de acción que yo precisamente necesitaba.

—¿Responden nuestras mujeres a este Apostolado Social?

—Sí y no. En los primeros años de vida de nuestra Escuela llenaron sus cursos mujeres de diversas condiciones sociales, que acudían llevadas únicamente por el deseo de "servir". Creo que desgraciadamente, en estos últimos años, no se elige la profesión de Visitadora Social por ese deseo de ser útil, de hacer del Servicio Social un apostolado, sino que se le considera, principalmente, como una de las tantas profesiones en que una mujer puede ganarse la vida. Temo que muchas de las jóvenes que hoy día se matriculan en las Escuelas de Servicio Social vayan considerando sólo su problema financiero. Y tengo un ejemplo para confirmarle esto: A fines del año pasado se presentaron en mi oficina tres jóvenes alumnas de un liceo de esta capital. Deseaban obtener de mí algunos datos relacionados con la profesión de Visitadora Social. Sus preguntas sólo se limitaron al problema económico: ¿Puede ganar algo una alumna en los primeros años de estudio? ¿Cuánto gana una Visitadora Social recién recibida? ¿Cuánto puede llegar a ganar en cinco años de profesión? ¿Tienen las Visitadoras alguna Caja de Previsión? ¿Qué otras ventajas monetarias tienen fuera de su sueldo? La hermosa misión de la Visitadora Social quedaba para esas jovencitas muy lejos de sus pequeñas comprensiones.

—¿Crée usted perjudicial la existencia de diversos tipos de Escuelas de Servicio Social?

—Estimo que no debería aumentarse en Santiago el número ya existente de Escuelas de Servicio Social. Contamos en la actualidad con tres escuelas diferentes: Escuela de Servicio Social de la Junta de Beneficencia, Escuela de Servicio Social "Elvira Matte de Cruchaga" de la Universidad Católica, y la Escuela de Servicio Social del Ministerio de Educación Pública, de reciente creación. Creo que con las dos primeras podíamos satisfacer perfectamente las demandas del alumnado. Deberían crearse nuevas escuelas en Provincias, tal como lo hizo el Ministerio de Educación en Concepción. Por ejemplo, en Antofagasta, una Escuela de Servicio Social serviría para dotar a una importante región industrial de buenos elementos y tener Visitadoras formadas en la misma provincia.

—¿Por qué es tan frecuente la confusión de la labor de Visitadora Social con la Enfermera Sanitaria? ¿son acaso muy semejantes?

—Verdaderamente no comprendo cómo todavía puede confundirse una labor con la otra. Son muy diversas y sus campos de acción perfectamente bien definidos. He lamentado siempre la situación de antagonismo que se ha querido crear entre Enfermeras Sanitarias y Visitadoras Sociales, y no me explico realmente qué fines se han perseguido con esto. En países como Bélgica, Francia y Estados Unidos, donde existen naturalmente las dos profesiones, jamás se ha pretendido aminorar la importancia de una de ellas en beneficio de la otra, y mucho menos fusionarlas, según un vago proyecto del cual oímos periódicamente, hablar aquí en Chile... Considero que son dos labores que se completan y armonizan perfectamente, y necesarias ambas para poder realizar un trabajo social efectivo. Más de alguna vez he pensado, al saber que el médico tal o cuál atacaba la labor de la Visitadora Social, que posiblemente ha tenido la desgracia de no tener en su servicio una Visitadora eficiente, o que ese médico desconoce totalmente el rol del Servicio Social. En la Compañía donde yo presto mis servicios hay Enfermeras Sanitarias y Visitadoras Sociales, cada una con su plan de acción claro y preciso, y jamás hemos tenido ni el menor intento de intervenir o mezclarnos unas en la labor de las otras.



Luisa Amunátegui

—¿Crée usted necesaria todavía la intromisión de directivas extranjeras para la organización de estos Servicios en Chile?

—Considero que la profesional chilena, está ya bien preparada para dirigir sin tropiezos y con buen éxito los servicios de esta naturaleza. Prueba de ello la han dado dos de nuestras actuales directoras chilenas: Luz Tocornal de Romero y Rebeca Izquierdo Phillips.

—¿Cuáles fueron las razones fundamentales que impulsaron a los organizadores para introducir estos servicios en nuestro país?

—La creación del Servicio Social en Chile se la debemos, como se ha dicho y repetido en múltiples ocasiones, a ese gran creador de obras sociales que fué el Dr. don Alejandro del Río. En uno de sus viajes a Europa observó en Bélgica y Francia las ventajas que ofrecía, en el campo social, un organismo nuevo para Chile, llamado "Servicio Social". Lo estudió atentamente, y a su regreso a nuestro país presentó un estudio muy completo a la Junta de Beneficencia, que en ese entonces era presidida por el eminente hombre público y gran benefactor don Ismael Valdés Valdés. Este, junto con mi padre, el doctor Gregorio Amunátegui, que pertenecía también a dicha Junta, en su carácter de Administrador del Hospital Clínico "San Vicente de Paul", prestaron todo su concurso al Dr. del Río, que estimaron de gran interés y utilidad al país. Fué así como a principios del año 1925 surgió a la vida, en Santiago, la primera Escuela de Servicio Social de Chile, y también de Sud América, dependiente de la Junta de Beneficencia.

—¿Qué mujeres se han distinguido en esta labor social en Chile?

—¿No cree que su pregunta es un tantito indiscreta, amiga Georgina? Al mencionarle a una y no a otras puedo herir involuntariamente a algunas buenas y queridas colegas. Tenemos entre otras a Laura San Cristóbal Jarpa, que organizó el Servicio Social en las Gotas de Leche del Patronato Nacional de la Infancia, y que, actualmente, dirige junto con su hermana Blanca, jefe del Servicio Social de la Casa Nacional del Niño, una maravillosa institución particular: el Hogar Gustavo Valledor. Berta Vivanco Costa, abnegada directora del Servicio Social en el Hospital Clínico "San Vicente de Paul". Ana Mac Auliffe jefe de los Servicios Sociales de la Caja de Seguro Obligatorio. Luz Tocornal de Romero, actual directora de la Escuela de Servicio Social de la Beneficencia. Marta Bianchi de Donoso, que organizó el Servicio Social en el Juzgado de Menores y en la Dirección General de Prisiones, Rebeca y Adriana Izquierdo Phillips, creadoras de la Escuela de Servicio Social "Elvira Matte de Cruchaga". Elena Henríquez, actual Visitadora Jefe del Patronato Nacional de la Infancia. Alejandra Benbow, Visitadora Social Jefe en el Consultorio Jurídico del Colegio de Abogados. Raquel Cousiño de Hevia, presidenta de la Asociación de Visitadoras Sociales del Estado. Yetty van Lith, Jefe de los Servicios Sociales del Consejo de Defensa del Niño. María Puyó León, Visitadora Jefe del Sanatorio "El Peral". Clara Williams de Yunge, Inspectora Jefe de la Sección Femenina de la Inspección General del Trabajo, etc.

—¿Podría algún acontecimiento internacional, como la guerra, cambiar la orientación de estos servicios?

—No lo creo probable, ni veo la necesidad de efectuar algún cambio en su orientación. Prescindiendo de la guerra, y respecto de cualquiera otra cuestión de carácter internacional, los principales problemas que pudieran derivarse y que al Servicio Social atañen, son de orden económico y social. Atenderlos y tratar de solucionarlos es, precisamente, el fin primordial de nuestros estudios. Ahora bien, si por una fatalidad inevitable nos viéramos envueltos en una guerra, prestaríamos, todas las Visitadoras Sociales, nuestros servicios donde fuéramos necesarias y con la preparación que tenemos. Una prueba de nuestra eficiencia y correcta organización la dimos cuando fué preciso colaborar con diversos organismos en la atención de los heridos y damnificados por el terremoto del sur, el año 1939.

—¿Ha tenido usted tropiezos en el desarrollo de su labor, con los sindicatos, sociedades y otras agrupaciones obreras?

—Desde el año 1928, en que inicié mis estudios de Visitadora Social, hasta la fecha, jamás he tenido ninguna dificultad de importancia con sindicatos u organismos obreros. Recuerdo con especial agrado los años en que trabajé como Visitadora Social en las fábricas de la Compañía "El Salto", y en los cuales pude realizar mi labor, en gran parte, gracias a la confianza que me demostraban los sindicatos y sus directivas. En el Servicio Social que dirijo actualmente procuramos todas las Visitadoras mantener las mejores relaciones con los sindicatos. Un claro entendimiento con los directores sindicales ayuda, lógicamente, a una mejor realización de nuestra labor social. Además, el Servicio Social y los sindicatos tienen puntos de semejanza, pues ambos propenden a una común finalidad: la de procurar un mayor ajuste social.

—A través de su experiencia, ¿qué concepto le merece la mujer chilena de la nueva generación?

—En verdad, yo conozco sólo un aspecto de la nueva generación, o sea, la mujer que trabaja, y por la cual siento un sincero aprecio. Creo que la mujer chilena, en sus distintos campos de actividad: la fábrica, la oficina o la profesión liberal, desempeña honradamente su misión. Sin contar con la preparación atávica del hombre, procura cumplir, eficientemente, con la tarea que se ha propuesto realizar, y estoy convencida de que, en breve tiempo, podrá llenar cumplidamente su papel. Sintetizando mi pensamiento acerca del papel que corresponde a nuestra mujer, creo oportuno reproducir un concepto que escuchara al higienista belga Dr. René Sand, en una conferencia que diera en la Universidad de Chile, el año 1924: "Considero de imperiosa necesidad que, así como existe el servicio militar obligatorio para los hombres, haya un servicio social obligatorio para las mujeres".

Luisa Amunátegui nos queda mirando fijamente después de esta última frase, como tratando de indagar qué efecto nos ha causado todo su enorme entusiasmo por la profesión que ejerce. Sin embargo, el silencio se hizo presente. ¿Por qué? Seguramente porque el alma de su padre había aflorado nuevamente a los ojos cristalinos de nuestra entrevistada.

G. D.

UNA EXPOSICION DE "AFFICHES"

Por
ANTONIO R. ROMERA

SE ha celebrado recientemente en la ciudad de Nueva York, una importante exposición de carteles publicitarios procedentes de la América hispano-lusa. El conjunto del salón presentaba gran brillantez —según fotografías que tenemos a la vista—, no sólo por la impresión total de las obras expuestas, sino por la gran concurrencia de piezas valiosas y por la atmósfera que los organizadores supieron darle.

Al acto inaugural asistió un público numeroso, entre el cual contaba lo más prestigioso de las esferas artísticas y culturales de la ciudad de los rascacielos. Entre ese grupo de personalidades sobresalían: Mrs. Eleonor Roosevelt, esposa del Presidente, y Mr. Archivald Mac Leiva, director de la Biblioteca del Congreso. El "vernissage" constituía, de esta forma, no sólo una fiesta de amistad panamericana, sino algo más importante aún para el arte: el reconocimiento oficial de las calidades estéticas y artísticas —que, sin duda alguna, hay en el cartel— por quienes representan en Estados Unidos la esfera de las Bellas Artes.

La exposición ha podido llevarse a cabo gracias a la valiosa colección que posee el señor William Morris, quien se ha especializado en la busca y selección de "affiches".

Los temas o asuntos de estos carteles son variadísimos: sobre el Carnaval de la bella población de Oaxaca, sobre el censo de Brasil, sobre el periodismo, sobre la exaltación del nacionalismo mexicano, sobre el salitre chileno, sobre el IV centenario de la ciudad de Santiago... Las técnicas son también muy variadas y dispares, y van desde la simple línea sinuosa, evocadora de una danza, a la más absoluta objetividad artística.

Los numerosos visitantes de la exposición han podido disfrutar de la visión directa del panorama estético y plástico que en esta especialidad de las artes aplicadas presenta hoy el continente americano.

Las obras están firmadas, entre otros, por Diego Rivera, Carlos Mérida, Carlos Orozco Romero, Leopoldo Méndez y Pablo OHiggins, de México; Julio Senna, Santa Rosa y Lasar Segal, de Brasil; Lino Palacios —el gran humorista argentino—, y Camilo Mori, que representa a Chile.

De nuestro cartelista se exhibían varias obras de épocas distintas. En ellas se muestra Camilo Mori de un extenso eclecticismo artístico, y pone de relieve el imperio que sobre la técnica



Affiche de Camilo Mori, expuesto en Nueva York

tiene. Uno de los "affiches" es el referente al Carnaval de la primavera del año 1935, que llamó la atención de los visitantes por la manera en que el autor ha resuelto la unión de elementos fuertemente realistas con alusiones al "surrealismo". La delicadeza del colorido y su original composición fueron muy elogiadas. Se expuso también de este autor el cartel, ya conocido de nosotros, hecho a la danzarina Andrée Haas, obra que nos recuerda ciertas influencias de vanguardia.

Las obras del mexicano Miguel Covarrubias fueron muy admiradas. Lino Palacio, dentro siempre de la técnica ortodoxa, demostró su dominio de los recursos artísticos en los ejemplares que de él posee el señor Morris.

Recientemente se ha inaugurado en Estados Unidos la exposición de pintura chilena. Las noticias que han llegado hasta nosotros hablan del éxito que los artistas chilenos han logrado en este certamen. También esta manifestación de arte va precedida, en las poblaciones en que se celebra, del grito cromático que para ella ha trazado Camilo Mori. En este cartón el pintor chileno ha superado lo anterior desde todos los puntos de vista. Con el mínimo de elementos formales se ha logrado de manera perfecta una bella obra de arte.

Camilo Mori ha tenido muy en cuenta aquel aserto que hace del "affiche" un grito pegado en la pared; un grito vocinglero de colores brillantes, pero armónicamente combinados, como condición primordial; un modelo de arte funcional, de gran contenido expresivo en el vacío que rodea la esfera terrestre y en la solución plástica de la bandera chilena. Mori demuestra en esta obra haber alcanzado una madurez artística que se estaba anunciando en piezas anteriores.

En este caso, el cartel responde al deseo de Paul Colin —otro gran cartelista francés—, quien pide que los elementos plásticos queden fijos en la retina, y que la poesía deje en el espíritu el recuerdo de una idea o de una visión.

Camilo Mori sabe que la multitud se nutre estéticamente —muchas veces— de "affiches", y por eso él se lanza a la estupenda aventura de llevar a ese público multitudinario de las calles, el arte en obras que, sin dejar de dar en el blanco del utilitarismo comercial, están rezumando el buen gusto del autor. Los colores están empleados aquí para buscar una sensación, huyendo, naturalmente, del tono chillón, que no atrae, como pudieran creer quienes hacen carteles entregándose a la orgía ingénua del chafarrinón.

El "affiche" alcanza día a día una mayor categoría estética. Los grandes pintores no desdeñan realizarlo. En esta exposición que comentamos figuran algunas obras de Diego Rivera. Grandes especialistas del cartel: Cassandre, Renan, Colin, Carlu, son auténticos valores de la pintura.

"Un "affiche" —ha dicho Cassandre— es ante todo una **palabra**. Debe realizar, en primer término, una publicidad sensacionalista. Mas debe crear alrededor de esa **palabra** una serie de asociaciones de ideas simples. Como ésto debe ser hecho rápidamente, se utilizará el lenguaje del pensamiento: **la imagen**".

A. R. R.

ARBOLES DEL DESIERTO

ESPINOS

ORO de sol, polen de luz, su cabellera rubia, es la gloria del paisaje pobre del cerro de Coquimbo, que encendiera de rojo el hierro y de esmeralda el cobre.

Tronco oloroso y duro, cornamenta de ciervo sepultado, tercos leños de rojo corazón, donde revienta la floración en multitud de sueños.

Penitente obstinado, alienta y medra sobre la cumbre diáfana y huraña, donde osamentas rígidas de piedra rompen la tosca piel de la montaña.

La nervatura se crispó de rabia, roca y metal se hizo el ramaje adusto, cuando el desierto le negó la savia y al árbol prócer humilló en arbusto.

Cuando duerma olvidado, un noble espino arraigará en mi ardido corazón; levantaré en mis brazos ala y trino, florecerá entre espinas mi ilusión.

Desde mi rama el buho solitario lanzará a las estrellas su lamento, y agitaré en las tardes mi incensario desparramando aromas en el viento.

Alguna vez los cóndores soberbios abatirán en mi hombro su circuito, y pasará a la tierra, por mis nervios, un estremecimiento de infinito.

DAVID PERRY B.

BOMBARDEO DE LOS VOLCANES DEL JAPON

Por El Dr. HAROLD WHITNALL
Profesor de Geología de la Universidad de Colgate.
(Traducción y adaptación de Guillermo Valenzuela A., especial para LA NACION)

LA radio de Moscú comunica que un grupo de fortalezas voladoras está bombardeando el cráter del volcán Oshima, en Japón, y que densos y pardos nubarrones se ciernen sobre la cumbre de la montaña.

"Se escuchan sordas y profundas detonaciones. Aún se ignora si éstas se deben sólo al estallido de las bombas o a la acción combinada de los explosivos y del volcanismo".

"La población está presa del pánico. La gente de edad compara la situación con el gran desastre de 1932, cuando Yokohama y Tokio fueron casi borradas del mapa".

Aunque esta información no traspasa las lindes de la fantasía, bien pudiera que, el tiempo andando, escucháramos algo semejante si la guerra se prolonga y se encona más allá de lo esperado.

Atendido el formidable poder destructor de los modernos explosivos y la creciente potencia y fuerza ascencional de los nuevos bombarderos, tal vez no sería imposible provocar o precipitar erupciones lanzando grandes minas aéreas sobre la costra de lava que obtura la boca de los volcanes, pasajeramente inactivos.

Quizá sea de interés considerar la posibilidad de estas erupciones provocadas, y las consecuencias que tendrían para un país de tan activo volcanismo, como Japón. Las dos terceras partes de los volcanes de la tierra se encuentran en las islas del Imperio oriental. Si hay una nación sentada sobre un barril de dinamita, ésta es Japón.

A gran profundidad, bajo su superficie, la lava incandescente, bulle, se agita y se revuelve bajo horribles temperaturas y presiones.

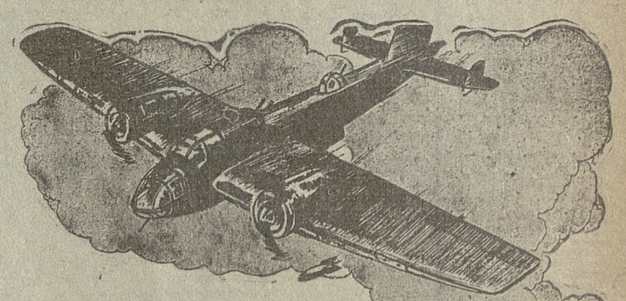
Tal vez podría argüirse que una situación semejante existe en otros lugares de la tierra.

Pero la situación de Japón, desde este punto de vista, es especialmente precaria y peligrosa. Estas islas se hallan situadas sobre la cima de grandes fallas verticales e invertidas de la corteza terrestre. Son a manera de chimeneas subterráneas por donde se precipita la lava hacia el exterior. Y el punto por donde se escapa, constituye un volcán.

En el Fuji-san o Fujiyama, y en el célebre volcán de Mihara, existen profundas hendiduras de la corteza terrestre, que llegan hasta el infierno interior que yace bajo los pies de los mortales.

Una cosa — y la más importante — que hace posible

(PASA A LA PAG. 4)



construir ciudades como Tokio, literalmente sobre la cima de rocas interiormente en estado de fusión, es que el taponamiento interior de la tierra detiene el paso de la lava, tal como el taponamiento o soldadura de una cañería impide el escape del agua comprimida en la misma.

Sólidos tapones de lava, semejantes a rocas, se forman en el interior de los cráteres, tapones que las más de las veces previenen el estallido de las erupciones.

Ahora bien, cuando la chimenea central de un volcán es obturada, la lava suele abrirse paso a través de las laderas del volcán.

¿Por qué, entonces, una o varias minas aéreas de la clase empleada por los alemanes contra la ciudad de Londres, no podrían ser lanzadas en el cráter de un volcán, con el consiguiente quebrantamiento de la costra de lava que lo cierra? La súbita liberación de las formidables fuerzas interiores desencadenaría, seguramente, una espantosa erupción.

Y aún, tal vez, no sería necesario romper del todo este tapón. Bastaría quebrantarlo o hendirlo parcialmente. La presión interior haría el resto.

Esta operación sería semejante a la de descorchar una botella de champagne. Todos sabemos que no es necesario extraer completamente el tapón. Basta aflojarlo un poco para que salte. Lo mismo sucedería con un volcán.

Las grandes minas aéreas, capaces de arrasar toda una manzana de edificios, con una sola explosión, serían las más indicadas para esta extraña labor.

Estas minas no son particularmente destructoras, respecto de los seres humanos, como lo son las bombas altamente explosivas, pero desarrollan una terrible fuerza cuando revientan contra ob-

